

Emanuele Coccia. *La vida sensible*.

Traducción de María Teresa D´Meza.

Editorial Marea. Buenos Aires, 2011. 1era. edición, 138 páginas.

Translated by María Teresa D´Meza.

Editorial Marea. Buenos Aires, 2011. First edition, 138 pages.

Book review by María Cristina Ruiz del Ferrier.

Reseña bibliográfica de María Cristina Ruiz del Ferrier *

Fecha de Recepción: 24 de Agosto de 2012
Fecha de Aceptación: 14 de Septiembre de 2012

Palabras

clave: *Vida, sensibilidad, imágenes.*

Keywords: *Life, sensitivity, images.*

Emanuele Coccia es, ciertamente, un filósofo italiano contemporáneo, sutil, heredero a la distancia de Aristóteles, de Averroes y de la escolástica, así como un medievalista. Con anterioridad a la obra que nos ocupa, el autor ha realizado, junto al filósofo italiano Giorgio Agamben, una antología sobre el estudio de los ángeles tanto en la tradición judeo-cristiana como en la tradición árabe. Pero sus estudios sobre la filosofía de la imaginación nos acercan aún más a la temática de su último libro, *La vida sensible*. Muchos son los motivos que podrían esgrimirse para argumentarlo. Pero son más las motivaciones que nos impulsan a realizar su reseña.

* Profesora de la Carrera de Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires, Argentina (UBA).
Correo electrónico: ruizdelferrier1@yahoo.com.ar

En esta obra, el autor se propone argumentar, siguiendo a Alejandro de Afrodisia y a Aristóteles, que la vida sensible no es una cuestión gnoseológica, en tanto que sensible es nuestro propio cuerpo; y que lo sensible es vivible pero no reducible tan sólo a una necesidad fisiológica. Esto es: el ser que somos es, antes que racional, *sensible*. De modo que nuestro contacto con lo sensible es permanente, tanto en lo que somos como en lo que hacemos. Pues el autor sostiene que lo sensible constituye la materia prima de todo cuanto creamos y producimos día tras día. Lo sensible termina por definir así la realidad y sus límites, los modos en que cada cual experimenta el mundo y los límites de la propia vida, tanto en nuestros sueños como en la experiencia diurna. Resulta de suma importancia la sentencia que realiza el autor contra la unanimidad de toda la tradición moderna –la teología, el poder político y la propia filosofía–, que no sólo ha afirmado la racionalidad del ser, sino que también ha hecho sostenidos esfuerzos para negar sistemáticamente la autonomía ontológica de lo sensible. Ello fue posible gracias a uno de los tantos mitos de la modernidad y, específicamente, a los presupuestos de la filosofía –Descartes, Hobbes, Malebranche, Kant, entre otros–, desde la cual se limitó y se redujo la vida sensible al conocimiento psíquico y a la experiencia sensorial propia e interna de cada sujeto. El efecto buscado por los filósofos modernos ha sido logrado con lamentable éxito: determinar gnoseológicamente un sujeto realmente autónomo de las cosas y, particularmente, de los efectos que las cosas pudieran provocar en tal sujeto racional. Según el propio Coccia, la intención de este libro es interrogarse sobre las formas y la naturaleza de la existencia de lo sensible como condición de posibilidad de la vida –humana o animal– en sus abiertas posibilidades. Para ello, se proponen algunos interrogantes clave que bien vale la pena explicitar: “¿De qué es capaz lo sensible en el hombre y en su cuerpo, hasta dónde pueden llegar la fuerza, la actividad, la influencia de la sensación en las actividades humanas? (...) ¿Qué estadio de la vida sensible, qué modo de la vida de las imágenes solemos llamar ‘hombre’?”.

El libro está compuesto por dos partes precedidas por una serie de reflexiones iniciales. La primera parte se denomina *Física de lo sensible*. En este espacio (que comprende aproximadamente un cuarto de la obra), el autor analiza el devenir sensible del mundo,

la necesidad de un mediador (como es el espejo), el lugar de las imágenes, la primacía de lo sensible y la unidad del mundo. En este contexto, Coccia se pregunta sobre el modo específico de la existencia de lo sensible. De manera provocativa, sentencia que la vida sensible no tiene necesariamente un origen exclusiva y privativamente humano, haciendo que la ciencia de lo sensible (y la ciencia de lo viviente) tenga una extensión mayor, más vasta y más amplia que una mera antropología. En otras palabras, la vida sensible puede comprenderse –y ésta es una de las invitaciones que realiza el autor al lector– desde una analítica de lo sensible; vale decir, como una verdadera *física* de lo sensible. De allí que entonces, el ser de la imagen (o lo sensible) no es meramente algo del orden intra-psíquico, sino que proviene del exterior del sujeto. Esta exterioridad que llamamos “mundo” o “lo real” en tanto tales no son por sí mismos sensibles, sino que precisan devenir sensibles. En otras palabras, la interacción del objeto sobre el sujeto no produce sensación alguna. Es preciso que el objeto –el mundo, la Cosa, lo real– devenga *fenómeno*. Solamente como fenómeno el objeto irá al encuentro con los órganos de percepción del sujeto. En consecuencia, la física de lo sensible definida como la ciencia natural de las imágenes no coincide ni con la psicología –sino que la precede y la funda– ni puede reducirse a la ciencia de las cosas. ¿En dónde se generan las imágenes en este mundo? Probablemente en el lugar intermedio –el cuerpo no orgánico– que separa al objeto del sujeto. En ese espacio intermedio el objeto deviene sensible haciéndose *phainomenon*. Para observarse, escucharse, conocerse, construir una imagen de sí mismo, el sujeto necesita de un espacio exterior. En el espejo es donde el sujeto logra devenir sensible, perceptible. No se trata tan sólo de una imposibilidad de la autopercepción inmediata. Pues algo deviene experimentable siempre fuera de sí, en ese lugar intermedio –*metaxu*– entre el objeto y el sujeto, y no gracias a las supuestas capacidades intrínsecas del objeto sobre el sujeto. Ese espacio intermedio no está vacío, sino que constituye un cuerpo no orgánico carente de nombre, exterior tanto al objeto como al sujeto, pero con una facultad común: la de poder generar imágenes. El espejo ha comprendido una parte fundamental de la teoría del conocimiento, pues representa el paradigma de la medialidad. Es allí donde el sujeto, reflejado en el espejo, deviene sensible, sensible por excelencia.

La segunda parte del libro se titula *Antropología de lo sensible*. En esta parte, la más extensa de la obra, se estudian los modos y los medios en que lo sensible y la imagen dan sentido a las actividades, proporcionando vida al propio cuerpo a partir de la producción de lo sensible, de la existencia medial, de las proyecciones intencionales; del estadio del espejo y de la facultad mimética; del sueño, de la moda, de la ética, en suma, de la vida. El autor afirma que todo lo propio del ser está destinado a producir lo sensible y las imágenes. Esas producciones son susceptibles de modificar el mundo. Allí se argumenta que una antropología de lo sensible no versa sobre el modo en que lo sensible y las imágenes existen frente al hombre (en tanto que hombre dotado de sentidos) sino que, antes bien, los seres vivos no reciben lo sensible sino que lo producen. La tesis que el autor se propone mostrar afirma que la verdadera *vita activa* no está en la acción (Arendt), ni en la producción (Marx), ni en la comunicación (Habermas); sino en la intangible relación con los *medios*. El medio es ese espacio intermedio entre el objeto y el sujeto (o entre el sujeto consigo mismo) que posibilita la concreción del sujeto y su experiencia. La realidad no ejerce influencia sobre nosotros, sino que lo que producimos es lo que ejerce un efecto sobre la realidad. En consecuencia, el vínculo del sujeto (en cuerpo y alma) con el mundo no es ni puramente ontológica ni simplemente poética. Ni *praxis*, ni *poiesis*. Como viviente, el ser se relaciona con las cosas del mundo, con el mundo, gracias a –y a través de– la medialidad, esto es, el medio o vehículo (*ochema*) de lo sensible que él mismo es capaz de producir. Incluso la moda –entendida como facultad trascendental y moral del individuo de transformar una porción del mundo– está vinculada de este modo a la conciencia, pues “en la moda somos nosotros mismos quienes nos transformamos en un medio, devenimos medio de existencia de nosotros mismos en tanto imagen.” De modo tal que quien tenga conciencia tendrá moda y quien tenga moda tendrá, pues, conciencia de sí. Moda y conciencia, conciencia y moda, constituyen las dos caras de una misma moneda. Así, en lo sensible, vida (*bíos*) y hábito (*ethos*) coinciden plenamente y producen la historia.

La vida sensible es en sí misma tanto una invitación que se realiza como un obsequio que se entrega. Una invitación abierta a todo lector que dé con esta obra para dedicarse a recorrer, entre sus páginas, la sentencia según la cual la vida sensible se define como aquello que existe más allá del sujeto en su efecto multiplicador, apropiable, transferible, heredable y susceptible de producir efectos múltiples. Y la vida, el motor de la producción, custodia y emanación de las imágenes. Más allá de la filosofía moderna, de la concepción de la antropología e, incluso, de la historiografía de los historiadores, Coccia se propone desde esta particular perspectiva recuperar del silencio, cuando no del olvido, el rol de lo sensible y de las imágenes en los hombres.

Esta obra también es un regalo que el ser se da a sí mismo. Pues los medios que cada quien encuentra hacen que la sensación y la sensibilidad resulten necesariamente impredecibles. Cada cual trae las suyas y aprende en el transcurso del vivir a reconocer las propias formas y los propios modos del sentir y del experimentar. En franca conexión con la filosofía de Baruch Spinoza y de Gilles Deleuze, el autor afirma que cada día, cada encuentro, constituye la abierta posibilidad de darse al mundo, de ser en el mundo, de arrojarse a él para que el mundo nos devuelva un mar de imágenes y sensaciones personales, íntimas, privadas; pero, al mismo tiempo, comunicables, sociales, históricas, comunes.

En suma, el libro nos extiende una invitación delicada, sutil, cotidiana, *sensorialista* más allá del sujeto de la experiencia. De allí que entonces no baste con que la experiencia del lector se constituya en la materia prima, la fuente-primeras de las reflexiones que allí se desarrollan, sino que también se reconozca el estatuto ontológico de lo sensible más allá del sujeto que lo vivencia. Este requisito implícito parece conformar un pacto entre el autor y sus posibles lectores. Habrá que estar dispuesto a constatar o refutar los argumentos que siguen y contrarían las herencias de la filosofía clásica y moderna sobre la racionalidad y la sensibilidad; sobre el vínculo complejo entre el ser y el sentir; entre el mundo y las imágenes. Pero también habrá que estar atento a identificar las imágenes que el mundo despliega ante nosotros y que nosotros hacemos propias.

La extensión final de un libro pocas veces coincide con la amplitud y la profundidad de los temas que aborda. Y el último libro de Emanuele Coccia parece así demostrarlo. Encerradas en apenas ciento treinta y ocho páginas, las consideraciones sobre la denominada *vida sensible* dialogan entre sí gracias a la profunda concepción de la tradición aristotélico-averroísta del autor, quien invita a sus lectores a desplegar y a poner en juego la propia sensibilidad tanto en la vida diurna como onírica. La invitación es a posicionar el sí mismo frente a un espejo que, independientemente de la imagen que nos devuelva, quedará impoluto e inmutable, mas no así quien decida reflejarse en él para identificarse. Ese mundo-espejo en el que nos reconocemos a diario, ese espejo que es el mundo portador de imágenes y sensaciones múltiples.